

**Cartografías contemporáneas: el binomio
consumo-resistencia**

*Contemporary cartographies: the binomial consumption-
resistance* Eduardo L. Tadeo

Resumen

El artículo reflexiona sobre la representación del espacio desde el nivel individual, a la luz de complejos procesos de globalización y nuevas tecnologías de comunicación e información. En ese entendido, argumenta que el individuo mapea el espacio a partir de lógicas de consumo cultural y resistencia, creando así nuevas cartografías contemporáneas, más allá de aquellas tradicionalmente definidas y defendidas por el Estado-Nación.

Palabras clave: Espacio, Mapear, Representación, Consumo, Resistencia.

Abstract

This article is about the representation of space from an individual level of analysis, affected by complex globalization processes and the new communication and information technologies.

Thus, it argues that the individual maps the space according to two sources: consumption and resistance, which creates new contemporary cartographies, beyond those traditionally defined and defended by the Nation State.

Key words: Space, Mapping, Representation, Consumption, Resistance.

Pensar acerca de la representación del espacio en las Relaciones Internacionales remite a la propia fundación del Estado-Nación. El nacimiento de esta formación política requirió de recursos que pudieran permitir imaginarlo; elementos que facilitarían a las élites fundadoras la enseñanza a sus ciudadanos de geografía nacional y otros tantos asuntos relacionados con la cultura y la historia de la comunidad imaginada (Anderson, 1993). Asimismo, requirió de herramientas que permitieran representarlo ante otros Estados-Nación. Uno de esos recursos representacionales del espacio del nuevo ente político fueron los mapas, la síntesis de la geografía, la política y la cultura en trazos a escala.

Los mapas sirvieron para imaginar el territorio nacional y, en esa medida, crear nociones espaciales sobre el espacio soberano, las divisiones administrativas internas y las líneas fronterizas; se convirtieron en un medio para construir(se) y construir al otro. En las relaciones internacionales formaron parte de herramientas indispensables para la interacción entre los Estados-Nación. En este sentido y con mayor claridad a partir siglo XVIII, los mapas se utilizaron de manera más recurrente, así “las discusiones internacionales y las negociaciones estuvieron cada vez más enmarcadas en términos cartográficos y usaron con mayor frecuencia herramientas cartográficas” (Branch, 2011: pp.17-18). Surgió un lenguaje cartográfico dentro de las relaciones internacionales que enriqueció la dimensión simbólica de la interacción entre actores estatales.

Así, todo Estado-Nación, sin importar que tan añeja sea su conformación, ha utilizado las referencias cartográficas-representacionales para construirse y situarse ante el mundo. Entonces, estas nociones espaciales no han sido invenciones despolitizadas, por el contrario, han estado relacionadas con agendas de política nacional y política exterior, dinámicas de distribución de poder e intereses económicos.

Estas formas de representación atendían a un entendimiento de las relaciones internacionales en contextos particulares, pero siempre atravesando la escala del Estado-nacional. Faltaría mirar la época de transición de los Estados que logran independencias en el siglo XX y XXI para observar cómo la representación del espacio se convirtió en un elemento crucial para justificar la propia existencia en el sistema internacional.

En el siglo XXI, los mapas aún son referencias constantes en asuntos internacionales. Podemos citar como ejemplo la discusión actual entre Corea del Sur y Japón sobre un territorio que el primer país llama Dokdo y el segundo Takeshima. Aunque el territorio es controlado por el gobierno surcoreano, el japonés argumenta que es parte de su territorio soberano. En el contexto de esta disputa contemporánea, se descubrió un mapa de 1861, elaborado por un cartógrafo coreano, Kim Jeong-ho; el descubrimiento señalaba que el territorio era de hecho parte del territorio coreano durante su última dinastía (Ryall, 2017). El mapa ha sido utilizado como uno de los argumentos político-jurídicos de Corea del Sur en defensa del territorio que considera que está bajo su soberanía. Sirva este ejemplo para reflexionar sobre cómo los Estados-Nación utilizan los mapas como defensa de ese discurso de territorialidad soberana.

Ahora bien, hasta este momento he señalado la importancia de los mapas como referentes del Estado-Nación hacia el interior y el exterior, como vehículos de representación del territorio soberano. Ahora quiero centrarme en problematizar esta visión estado-céntrica de la representación del espacio desde una postura analítica. En nuestra disciplina, las relaciones internacionales, el Estado-Nación ha sido el actor tradicional de estudio; ha tenido el monopolio en las preocupaciones prácticas internacionales y en la agenda de investigación académica. No obstante, hoy sabemos que hay otros actores no estatales que han sido indispensables para entender la situación internacional.

Particularmente, desde la década de los noventa, algunas discusiones teóricas en relaciones internacionales han apostado no sólo por reconocer nuevos actores en los estudios disciplinarios, también han tomado en consideración distintos niveles y perspectivas de estudio. Éste el caso de las nociones teóricas post-positivistas y reflexivistas, en donde podemos encontrar mayor atención a “el rol que desempeñan el discurso, los valores, las normas, las ideas, el conocimiento, las reglas, las prácticas culturales, el lenguaje, y el contexto en el comportamiento y las decisiones de los individuos” (Lozano Vázquez, 2014: p.87). Tomar en consideración estos elementos representa un giro al estudio de la realidad como algo dado para interpretarla como algo construido, a partir de las propias relaciones sociales. En esa lógica, podemos entender que es importante reflexionar sobre la representación del espacio en relaciones internacionales a partir de nuevas perspectivas.

Cuando trasladamos el argumento de nuevos actores y nuevas perspectivas analíticas en torno a la representación del espacio, observamos que el proceso de representación por parte de estos actores no estatales va más allá de la agenda política nacional y el interés diplomático. Este desplazamiento teórico-analítico nos lleva a considerar ante todo la dimensión cultural de tal representación y por su puesto, sus implicaciones políticas y económicas.

Es decir, dado que estos actores no están interesados en representar la soberanía territorial —quizá algunos sí—, observar cómo mapean el espacio de acuerdo con sus propios intereses y contextos nos puede dar una idea de cuáles son las nuevas cartografías que surgen en el mundo que habitamos y, en esa medida, nos permite pensar acerca de los referentes simbólicos a partir de los cuales los individuos están pensando(-ándose) en el espacio.

Por tanto, propongo en el artículo que estas nuevas cartografías de referencia tienen que ver con la relación de los individuos con el capitalismo, en términos de consumo y resistencia, en un entorno de procesos intensos de globalización.

El binomio consumo-resistencia, motor de los referentes simbólicos de la representación espacial en nuestro tiempo, encuentra mayor complejidad, si lo leemos a partir de la revolución de las tecnologías de comunicación, expresada en el mundo digital. Lo digital ha influido la vida humana en todos sus niveles, en macro organizaciones como el Estado, pero también en institucionales más concretas como la familia y aún en la cotidianidad e intimidad del individuo. La presencia de lo digital ha tenido como consecuencia la modificación de referencias espacio-temporales, lo que a su vez ha generado nuevos entendimientos sobre y desde los sujetos, resultando además en nuevas geografías de comunicación (Morley & Robins, 2002). El surgimiento de lo digital ha repercutido, entonces, en la forma en la cual el individuo mapea y crea en ese ejercicio de representación del espacio nuevos símbolos y discursos más allá del Estado-Nación. Con base en este preámbulo, comparto con ustedes la pregunta que guía el artículo: ¿Cómo construye el individuo referencias sobre el espacio a partir del mundo digital, en medio de procesos intensos de globalización?

Partiendo de la pregunta anterior, asumo que en la época actual, caracterizada por una gran transición tecnológica (López-Portillo Romano, 2018), las nociones clásicas en torno a referencias espaciales ligadas al Estado-Nación se han transformado.

Gracias a los cambios tecnológicos, que también han repercutido en la forma de hacer representaciones sobre el espacio y posibilitado la participación de más actores en las relaciones internacionales, han surgido nuevas cartografías que son utilizadas para denunciar y resistir al poder del Estado y de otros actores políticos y económicos, pero también han emergido nuevas cartografías a partir de lógicas de deseo y consumo.

En este artículo pretendo reflexionar sobre estas cartografías contemporáneas, por lo cual planteo el siguiente mapa de ruta: en primer lugar, indagaré entorno a la relación entre el espacio y el individuo, a partir del nuevo entorno globalizado e hiperconectado; en segundo lugar, escribiré acerca del lugar que ocupan las miradas sobre representación espacial en relaciones internacionales, desde el constructivismo; en tercer lugar, partiré de una crónica¹ sobre un viaje a la Ciudad de Nueva York — como recurso pedagógico y metodológico—, para aterrizar la discusiones teórico-conceptuales presentadas en torno a las nuevas cartografías a partir de la resistencia y el consumo; finalmente, ofrezco algunas reflexiones sobre estas nuevas cartografías y su trascendencia para las relaciones internacionales.

#Glocalización

El espacio para el individuo actúa como referencia de posición, pero también de posesión. Esto significa que el espacio puede bien devenir en elemento simbólico de referencia, pero también en un recurso capaz de ser explotado. Esta aparente estabilidad en la relación con el espacio es un ir y venir que debe problematizarse, más aún a partir de las nuevas referencias comunicativas y espaciales que los sujetos contemporáneos afrontan, afectadas por la experiencia digital. No es posible pensar en las nuevas cartografías si no se reflexiona en torno a las nuevas interconexiones entre escalas espaciales y tiempos distintos: no es lo mismo pensar el espacio teniendo como referencia el Estado-Nación, el cuarto de un individuo, o una red social como Facebook; tampoco lo es pensar desde una lógica multi-espacial que intente entender las conexiones entre estos referentes.

1 Me parece importante señalar que en esta crónica no sólo se reconstruye la experiencia del viaje a Nueva York per se, es decir, las experiencias en el espacio físico neoyorkino. También se considera la dimensión imaginada de tal espacio, los elementos simbólicos que lo construyen a partir de la mirada del individuo, la cual se guía por el consumo y la resistencia.

También debe reconocerse que la presencia de lo digital provoca que las nociones sincrónicas del tiempo sean insuficientes para comprender los fenómenos sociales, pues las conexiones entre sujetos pueden surgir en tiempo real, pero también en diferentes tiempos; esto es de forma asincrónica, o con una combinación de ambas, como suele ser el caso.

De cualquier manera, las nuevas fusiones de lo espacio-temporal tienen una implicación para la imaginación del sujeto y sus referentes simbólicas. También transforma esa noción de posesión a la que hacíamos referencia con anterioridad, en la medida que el espacio digital no permite poseer(se) en términos físicos, lo que provoca que la referencia espacial no funcione como un ejercicio de contención, sino de expansión. Parece contradictorio hablar de la representación espacial en un contexto donde la espacialidad y el tiempo no atienden paradigmas tradicionales, pero ahí es justo donde descansa la importancia de pensar la representación espacial desde el nivel del individuo. Con los nuevos referentes espacio-temporales, el individuo puede comunicarse, proyectarse, ubicarse más allá del Estado-Nación y sus instituciones disciplinares; en breve, el individuo tiene cierta libertad en la construcción de sus referentes simbólicos para imaginarse en el mundo. Tales referentes trascienden en la manera en la cual el individuo puede mapear(se): pensarse en y en referencia a las diversas espacialidades relevantes para sí mismo, tomando en consideración los procesos de globalización.

En efecto, pensar la representación del espacio por parte del individuo requiere que reflexionemos sobre las circunstancias actuales en las que éste crea referentes simbólicos: ese contexto o ambiente en el que suceden es aquel de los procesos de globalización, que son imperfectos, inacabados, desiguales, pero inevitablemente existentes.

La globalización como preocupación intelectual ha acompañado los cambios del sistema internacional desde la década de los noventa, tras el fin de la Guerra Fría y el aumento de los proyectos de integración comercial, que hoy, cabe mencionar, se ven amenazados por fuerzas proteccionistas y conservadoras.

A pesar de esta creciente atención al fenómeno de la globalización en las pasadas tres décadas, éste dista de ser un asunto nuevo. Para que el lector de este artículo participe más cercanamente del argumento anteriormente esbozado, lo invito a considerar la propuesta conceptual de Bernd Hausberger², quien advierte que “entiende por globalización, de forma más bien pragmática, el proceso de construcción de un amplio entramado de relaciones de diversa índole que en su conjunto cubrían el globo y asume que tal proceso se inició en el siglo XVI” (2018: p.11).

Sigo a Bernd en su propuesta temporal para ubicar el inicio de los procesos de globalización en el siglo XVI, en la etapa de expansión colonial de los europeos alrededor del mundo, lo cual implica que este proceso está ligado a relaciones de poder, dominación e interés económico, pero también a sincretismos religiosos e hibridismos culturales. Destaco de su obra la honestidad de reconocer su carga eurocéntrica y la intención de trascenderla, planteando que es necesario reconocer la relevancia de Europa para la globalización en el siglo XVI, pero también considerar la voz de los otros en América Latina, Asia, África, etc.

1 Académico de origen austriaco, radicado en la Ciudad de México. Profesor-investigador del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México. Ha introducido la discusión sobre historia global en América Latina y publicado diversas obras en relación al fenómeno de la globalización, entre ellas un libro sobre Historia Mínima de la Globalización Temprana. Su obra debería introducirse en los estudios sobre la globalización o transnacionalismo en el campo de las relaciones internacionales. Su destacada perspectiva histórica nos ayudaría a entender el estado actual de mundo más allá de una coyuntura, lo cual es aún una deuda pendiente entre los estudiosos de la globalización en las relaciones internacionales.

De tal suerte que se piensen los flujos globales no como algo fijo y controlado, sino en constante construcción. Además, Bernd no asume que ha habido sólo un tipo de globalización, de hecho, habla de diversas etapas. En este artículo yo me refiero a la globalización moderna, caracterizada por el capitalismo, la democracia, el nacionalismo y el consumismo (Hausberger, 2018: p.23), pues éste es un contexto particular a partir del cual puede imaginarse el espacio-tiempo con base en nuevos parámetros. Por ahora no indagaré nada más sobre la historicidad de la globalización, pues dista de ser el tema de este artículo, no obstante, quiero reiterar que la globalización no es nueva como hecho, pero sí como preocupación intelectual. Las disciplinas académicas han incorporado desde finales del siglo XX, miradas que introducen lo global como elemento analítico.

El impacto de lo global ocurre desde distintos parámetros. Por citar un ejemplo, podemos encontrar estudios relacionados con la música y su dimensión transnacional (Silot Bravo, 2017), en el ámbito del arte. Ahora bien, el paradigma de lo global y transnacional ha trascendido a las ciencias sociales y dentro de ellas, a las relaciones internacionales. Los académicos han centrado sus preocupaciones investigativas en reflexionar en torno a los flujos comerciales, los acuerdos políticos regionales y la movilidad humana, entre otros temas. En esa medida, se han multiplicado las investigaciones que estudian a sujetos diversos, desde el individuo, las comunidades y las empresas, los cuales tienen amplios vínculos globales.

Tanta ha sido la importancia de este paradigma en la disciplina que existe incluso una teoría transnacional, la cual pretende interpretar la realidad internacional desde el nivel relacional, lo cual tiene implicaciones epistémicas y metodológicas para la investigación, es decir, desplazamientos sobre el objeto/sujeto de estudio y cómo se investiga.

Además, como sugieren Adriana Sletza y Misael Gonzalez, considerar otros actores no-estatales en el análisis y dimensionar el poder de las interconexiones y las redes, resulta primordial para entender esta perspectiva transnacional, además de que coadyuva en el objetivo de trascender el estado-centrismo de la disciplina de las relaciones internacionales (Ortega Ramírez & González Ramírez, 2014: p.399). El reconocimiento de otros sujetos como punto de partida para el estudio del internacionalista, requiere una reflexión sobre dónde están situados estos sujetos, lo que nos regresa a la preocupación por el espacio y su representación por parte del individuo. ¿Cómo analizar conceptualmente la posición del individuo en entornos globalizados y transnacionales? Propongo que pensar en la ubicación del individuo en nuestro mundo contemporáneo requiere pensar en su glocalización. El concepto glocal es muy relevante para nuestra reflexión sobre el espacio en este artículo, dado que contribuye a la problematización sobre éste, a la luz del encuentro entre la movilidad internacional y los medios digitales, los cuales son dos paisajes indispensables³ para entender los actuales procesos de globalización. Esta perspectiva está inspirada en las investigaciones de Ester Chin, quien ha propuesto el concepto de cosmopolitanismo glocal⁴, a partir del cual invita a pensar sobre las experiencias de migración en un contexto globalizado, en donde los espacios son glocalidades relacionales, lo cual implica espacios locales diferenciados, pero que se relacionan unos con otros en campos globales (Chin, 2016: p.5).

3 Pensamos en paisajes en el sentido que le da Arjun Appadurai (Appadurai, 1998), quien además asume que en el actual estado del mundo, la imaginación se ha vuelto un recurso indispensable para la acción social de las comunidades. Tiene todo el sentido entonces asumir que tanto los seres en movimiento como los medios, son piezas claves para poder construir esa imaginación que permite esbozar mundos posibles; o mapear desde otros referentes imaginarios más allá del Estado, para ponerlo en términos de esta investigación.

4 Tal y como sucede con la propuesta teórica del transnacionalismo, observando el concepto propuesto por Esther Chin, éste tiene implicaciones epistemológicas y metodológicas en torno a la manera de analizar actores y fenómenos internacionales. Su perspectiva también problematiza las visiones estado-céntricas, convirtiéndose en una herramienta teórica que permite explicar los constantes flujos de información, capital y de personas. Tal reflexión sobre los flujos es un reto por la rapidez y la cantidad con la que surgen hoy en día.

Quisiera enfatizar que cuando la autora construye esta propuesta conceptual tomando en consideración la relación entre migración y medios, piensa en la diversidad de migraciones y medios existentes. Esto me parece pertinente, pues da cabida a la consideración de una multiplicidad de relaciones en el entendimiento de los procesos de globalización actuales, que no son para nada homogéneos.

Quiero agregar a la discusión sobre el concepto del cosmopolitanismo global dos asuntos, para articularlo con mayor claridad con el objetivo de este artículo. En primer lugar, pensar en los sujetos a partir de los medios y las migraciones nos ayuda a reconocer que la representación del espacio que llevan a cabo en este contexto fluye de manera constante y es claramente subjetiva. El sujeto construye entonces el espacio con la ayuda de un medio y con base en su movilidad, cargada de experiencias y sensaciones; la representación del espacio, sin embargo, es ante todo imaginada y varía entre los sujetos. Para expresarlo de otra manera, el mapa es lo que el sujeto consume y desea en el mundo globalizado. En ese ejercicio de representación surgen nuevas escalas de referencia que reflejan cómo en el individuo se sintetizan elementos simbólicos promovidos por los propios medios, como las características cosmopolitas. En segundo lugar, quiero centrarme en la implicación del mapeo del sujeto en el espacio digital. Algunos autores, sobre en todo en la disciplina de la comunicación, han indagado sobre la relevancia del mundo digital para la vida humana y la identidad de los sujetos⁵.

5 En las relaciones internacionales, el tema de lo digital está cobrando cada vez mayor importancia analítica. Hay quienes tienen preocupaciones más bien realistas y reflexionan sobre la trascendencia de lo digital para la seguridad del Estado, y hay otros que se centran en el impacto del medio digital para la práctica diplomática. A propósito de este último asunto, recomiendo a los lectores de este artículo revisar con mirada crítica el número 113 de la Revista Mexicana de Política Exterior, que trata sobre la diplomacia pública en la era digital. Celebro que en nuestra disciplina se observe analíticamente la realidad digital que está modificando la manera de habitar el mundo y el mundo mismo.

De este debate me interesa señalar que hoy en día no podemos dividir de manera tajante el mundo físico y el mundo digital, pues el individuo tiene referentes en uno y otro espacio: va y viene, viaja, así podemos pensar que la manera en la cual representa al espacio está relacionada con su propia construcción de una identidad hipermedial, esto “se refiere a las construcciones y relaciones; alternativas de conexión, desconexión y mediatización; los procesos complejos de identificaciones múltiples; articulaciones multidimensionales que implican lo cultural, social, económico y político” (Hidalgo Toledo, 2016: p.181). ¿Cómo entender desde las relaciones internacionales la representación del espacio en medio de este complejo entremado de identificaciones por parte del individuo? ¿Cómo explicar las nuevas cartografías como procesos en constante construcción? Les invito a que observemos lo que el constructivismo de las relaciones internacionales nos puede ofrecer al respecto.

Representar el espacio es construirlo

En la disciplina de las relaciones internacionales surgió, en la década de los noventa, una apuesta teórica crítica hacia las perspectivas que asumían que el mundo material o las capacidades relativas de los Estados eran lo único importante en las relaciones internacionales. Por el contrario, se preocupaban en pensar que la realidad internacional es construida y que después de todo, la anarquía⁶ que había en el sistema internacional era producto de lo que los Estados hacían de ella (Wendt, 1992). El constructivismo sugirió que era importante abrir un debate sobre la agencia (actores) y la estructura (normas) en las relaciones internacionales, y cómo ambas construían la realidad. Hizo pertinente para el debate académico, asuntos como la identidad y las normas, legitimadas por la sociedad misma.

⁶ En relaciones internacionales entendemos como anarquía la ausencia de un gobierno supranacional que rija la actitud de los Estados en el sistema internacional.

El constructivismo sugirió que era importante abrir un debate sobre la agencia (actores) y la estructura (normas) en las relaciones internacionales, y cómo ambas construían la realidad. Hizo pertinente para el debate académico, asuntos como la identidad y las normas, legitimadas por la sociedad misma.

Así, el fundamento básico de esta propuesta es centrarse en el estudio de las relaciones intersubjetivas para interpretar la realidad internacional: reconocer que el mundo que conocemos existe de una u otra forma por la manera en la cual lo pensamos, lo dotamos de significado, y lo interpretamos. Esa vocación interpretativa de la teoría difiere con las perspectivas racionalistas que defienden el análisis de costo-beneficio (Bravo & Sigala, 2014).

Entonces, cuando propongo analizar desde el individuo las nuevas cartografías contemporáneas, sugiero, ante todo, un ejercicio de interpretación, en el cual sea posible observar cómo los sujetos en la actualidad construyen nuevas espacialidades desde referentes locales, en donde despliegan su identidad hipermedial; donde se conjuguen la localización geográfica, simbólica y mediática.

Existe en esta propuesta un desplazamiento con el constructivismo en su visión más clásica, pues no estoy refiriéndome per se a la política mundial y a los Estados y cómo construyen el mundo, estoy centrándome en el nivel del individuo como el punto de articulación más importante en la representación del mundo.

Éste es un esfuerzo por contrarrestar las macronarrativas que ocultan procesos micro en los que actúan fuerzas políticas, sociales y culturales. Es decir, ver al individuo como sujeto de estudio no tiene el objetivo de idealizar una perspectiva analítica, ni adjudicar al individuo una independencia absoluta de las relaciones de poder en el mundo.

Por el contrario, lo que permite es pensar en el individuo y su representación espacial, que está permeada por poderes económicos y políticos globales; en otras palabras, procura hacer reflexionar sobre cómo la imaginación del espacio puede ser tanto una muestra de la asimilación del individuo de modos de ser globales incentivados por el mercado de consumo, pero también cómo esa imaginación del espacio puede desembocar en resistencias frente a esos procesos globales. Dicho esto, no estoy acercándome a una y otra circunstancia desde una intención moralista que prefiera una expresión frente a otra, tan sólo pretendo mostrar dos formas en que el individuo puede pensar(se) en el espacio, considerando sus implicaciones para entender la realidad que afrontamos en esta época y su relevancia para las relaciones internacionales.

A propósito de los dos temas que observaré desde las nuevas cartografías contemporáneas, se encuentra en primer lugar el consumo. Pienso sobre todo desde la preocupación de Guillermo Sunkel, quien hace una revisión de las reflexiones de García Canclini, para explicar que es necesario reconocer que existe una vinculación entre la economía y la cultura hoy en día y por tanto el consumo, en cuanto acto social, debe considerarse como la apropiación y uso de diversas mercancías (Ortega Villa, 2009: p.10). Ese proceso de apropiación de las mercancías es lo que incentiva, por un lado, una forma de mapeo del espacio que refleja la realidad de una dinámica de mercado, en donde la oferta y la demanda de materiales y productos está a la luz del día, pero que muestra, por otro lado, un proceso complejo de negociación de elementos simbólicos —con referencias locales y globales— que son utilizados para imaginar nuevos lugares posibles; lugares que surgen desde el nivel individual, pero que no son del todo ajenos a otros, quienes también participan de esos procesos de apropiación de productos que son de naturaleza global y transnacional.

Estos procesos de apropiación pueden o no desembocar en formas de acción social que lleven a cuestionar directamente fuerzas de la política y la economía global, es decir, pueden convertirse en resistencia, segundo asunto que me interesa considerar en este ejercicio de mapeo. Es posible mapear para fortalecer la relación entre individuos, que a su vez puede llevar a una emancipación colaborativa, es decir, mapear para visibilizar la lógica territorial del capital y para crear una defensa comunitaria de los bienes comunes (Geocomunes, 2018: p.35). Pero también es posible pensar en la representación del espacio como una forma crítica de identificar ideologías y propiciar la liberación, como un ejercicio reflexivo en el que se consideren “diferentes escalas espaciales, desde la global hasta la local —barrio, colonia, pueblo—, el hogar y el cuerpo-territorio” (González Hernández, Matamoros Aguirre, & Marchese, 2018: p.40). Este tipo de mapeo tiene como objetivo esencial la empatía con el otro, tan importante frente a los tiempos convulsos y violentos que viven y afrontan las mujeres, los niños, los migrantes, y la comunidad LGBTQ en el mundo. Invito a los lectores a seguir estas reflexiones conceptuales en el siguiente apartado, en donde utilizo la experiencia de un viaje, su preparación y su ejecución para hacer sentido de estas nuevas cartografías.

Mapear un viaje a Nueva York

“El mapa es al viaje lo que el mito es al lenguaje”.
Alberto Blanco

Me encuentro en la Ciudad de México, una de las urbes más grandes, más pobladas y más conectadas —a internet por supuesto—, de América Latina.

En un café de esta ciudad, con mi computador enfrente, comienzo la búsqueda de paquetes de viaje para celebrar mis treinta años. Tengo en mente, desde hace algunos días, un lugar en particular: una ciudad cosmopolita, sede organismos internacionales como la Organización de las Naciones Unidas (ONU). Sí, estoy pensando en Nueva York, “La gran manzana”, “La ciudad que nunca duerme”, dicen.

Confieso que nunca he estado ahí pero tengo varias imágenes sobre ella, creadas a partir productos culturales que he consumido a lo largo de mi vida, tales como películas animadas, dramas, libros de ficción, crónicas de viaje, fotografías y música, en los cuales Nueva York es tanto escenario como protagonista. Además de estas referencias, a partir de distintos medios, hay otra que me importa: la figura de una isla sobre un mapa con división política, pues gracias a ese mapa puedo ubicar el territorio newyorkino y determinar que la ciudad se encuentra en la parte noreste de los Estados Unidos, mirando hacia el Océano Atlántico y dentro de un estado que colinda con Canadá. Cabe mencionar que este mapa político de la ciudad de Nueva York lo observo desde Google Maps, plataforma digital a partir de la cual puede navegarse por el mundo. Así, entre la dimensión imaginada y la consciencia del territorio, parto en búsqueda de otras referencias sobre la ciudad.

Quiero preparar la visita con cautela, tratar de conocer a priori algunos espacios, para poder trasladarme con seguridad en la ciudad. Es en principio un viaje de placer, por lo que pienso en aprovechar al máximo el tiempo disponible y para ello es necesario saber qué espacios puedo visitar. Dado que el tiempo para planear es escaso, tengo que echar mano de los recursos disponibles para organizar la aventura desde la Ciudad de México. Insisto en dónde me encuentre porque de no ser por esta localización, en algunos casos sería imposible acceder a cierto tipo de información y conocimiento.

Quiero compartirles algunas referencias que me ayudan a construir una noción sobre Nueva York, y me permiten mapear a partir de mis intereses la ciudad, dándole sentido a mi viaje: En el marco de la Feria del Libro del Palacio de Minería, en la Ciudad de México, compré un libro de dibujos sobre Nueva York, en donde Peter Kuper (2011) imagina la ciudad que visitó en 1968 y a donde llegó a vivir en 1977. Su relación con la ciudad es de complicidad, lo cual se refleja en los productos de este libro, llenos de inspiración y creatividad. Imaginar la ciudad y recordarla a partir de sus dibujos es una forma de autobiografiarse, de posicionar su experiencia y su pasado en una imagen. A través de su obra creativa observo nostalgia, y una ciudad de contrastes. En una de sus imágenes convierte los grandes edificios de Manhattan en protagonistas, en un atardecer donde las luces artificiales son indicio de la vida cotidiana. Destacan el Empire State y las Torres Gemelas.

Tiempo después de consultar el libro me encuentro en Nueva York, siendo testigo del contraste entre la luz y la oscuridad que Peter retrata en sus dibujos. Estoy en Times Square, acompañado de un amigo que trabaja para una agencia de la ONU; es un espacio muy mediatizado, imán de turistas y vecino de Broadway. Se puede sentir la riqueza de ser diverso: en el espacio conviven géneros y nacionalidades, conectados con el mundo a través de transmisiones en vivo o fotografías que se difunden en redes sociales.

También esa sensación de diversidad surgió cuando visité Stonewall Inn, un bar donde en junio de 1969 los policías neoyorkinos, que solían hacer redadas en lugares de encuentro LGBTQ, fueron confrontados por los miembros de esta comunidad. Este espacio se ha vuelto un ícono global en la historia del movimiento en pro de los derechos de la diversidad.

El bar tiene una página web donde se encuentra su historia, eventos y productos disponibles⁷. Pienso que la resistencia no es sólo histórica: cuando visité el lugar me encontré con una protesta, algo que por supuesto no estaba anunciado en la página del bar; había policías y medios de comunicación. La experiencia abrió mis ojos a la manera en la que había imaginado Nueva York hasta el momento: un espacio para celebrar la diversidad. Encontré entonces que esa diversidad no era sino producto de la resistencia y la lucha constante frente a poderes hegemónicos y estructuras patriarcales. Después de procesar lo que observé y sentí en esta protesta, escribí en Facebook:

Corrían las 7 de la noche. Me detuve frente al Stonewall Inn, el lugar donde iniciaron las protestas contra las redadas policíacas a sitios LGBT en lo sesenta. Un grupo de activistas protestaba por la muerte de Roxana Hernández, una mujer trans que murió hace unos días bajo la custodia de *Immigration and Customs Enforcement* en los Estados Unidos. Roxana formaba parte de la caravana de inmigrantes que hace algunas semanas atravesaba territorio mexicano. La voz de la protesta se escuchaba fuerte, unisona. Había reclamos frontales a la policía por violencia a la comunidad LGBT: especialmente hacia *browns and blacks*, decía l@ orador@ principal. Stonewall Inn no es un simple bar, es el símbolo de la resistencia. Más aún, esta protesta es un grito a la comunidad para que reconozcamos que la vida de las mujeres trans también importa (Tadeo Hernández, Comunicación Personal, 5 de junio de 2018).

En realidad, la experiencia fue trascendente. Iba con la simple intención de conocer un bar histórico y me confronte con la posibilidad de participar de una protesta: deseo y resistencia en un mismo espacio.

7 Ésta es la página del bar: <https://thestonewallinnnyc.com>

El Internet me permitió encontrar lo que buscaba, pero estar en el espacio físico me obligó a confrontar mis intereses individuales y pensar en los otros, los otros en resistencia.

Antes de partir a Nueva York, en el marco de la edición 2018 del festival de documentales *Ambulante* en la Ciudad de México, recuerdo haber visto uno donde en efecto, la idea sobre los otros, la comunidad y la gestión del espacio, se hacía presente. Llevaba por título *Ex Libris: The New York Public Library* de Frederick Wiseman⁸, una oda a la función social de la Biblioteca Pública de Nueva York. Se mostraba el espacio arquitectónico pero se pensaba en éste no sólo en términos de un sitio para el resguardo de los libros, sino como un espacio central en la creación de comunidad. Se escuchaban no sólo las voces institucionales, sino también la de los usuarios; los grupos afroamericanos, en particular, son protagonistas de varias de las escenas del documental. La biblioteca se mostraba como el centro de articulación social, un espacio de convergencia. Recuerdo —vividamente— una discusión sobre el acceso a lo digital y la mención de que éste no era suficiente, pues se decía que era necesario educar a los usuarios para poder hacer un buen uso de ese medio. Así, el documental fue el vehículo para pensar en la biblioteca como un espacio de articulación social. Evidentemente, cuando estuve en Nueva York, visité la biblioteca y comprobé que, además de ser un recinto maravilloso, es un espacio para la promoción de la libertad de pensamiento, con una clara vocación social.

No sólo el documental me dio una idea sobre Nueva York y sus espacios, también una película de ficción me llevó de la mano a través de su representación de los cambios en la ciudad, particularmente en la zona de Brooklyn.

⁸ Aquí se puede visitar una reseña: <https://www.ambulante.org/en/documentales/ex-libris-la-biblioteca-publica-nueva-york/>

La película se llama *Five Flights Up*, y llegué a ella gracias a Netflix, plataforma digital de origen estadounidense que distribuye contenido audiovisual a nivel global. El filme, protagonizado por Morgan Freeman y Diane Keaton⁹, habla de la historia de una pareja de artistas que llegan en su juventud a Brooklyn y viven un departamento por décadas, hasta que por su edad necesitan mudarse y entonces empiezan a surgir problemas para vender el departamento.

Habla de la gentrificación, que se refiere a la transformación de un barrio popular y de los costos de vida, a causa de la llegada de gente con mayor poder adquisitivo a la zona.

En la película se muestra una gran diversidad cultural en Brooklyn: latinos, afroamericanos y asiáticos conviviendo y enriqueciendo el paisaje local. Curiosamente en la película, los conflictos en Brooklyn, asociados al terrorismo, son representados a partir de los musulmanes. En fin, la película muestra todo un mundo de posibilidades para ubicarse en Brooklyn, dentro de Nueva York, y para pensar el espacio a partir de la relación entre personas, capital y arte.

Entonces, Bushwick en Brooklyn fue el lugar que elegí para pasar unos días en Nueva York. Me hospedé en un departamento compartido que descubrí en la plataforma digital Airbnb. Intercambié comunicaciones con el dueño del departamento en el que me hospedaría en Brooklyn y éste me dio algunas recomendaciones para recorrer la ciudad.

9 Para leer una reseña más completa de la película visitar el siguiente sitio:
<https://www.nytimes.com/2015/05/08/movies/review-in-5-flights-up-a-marriage-of-morgan-freeman-and-diane-keaton.html>

Cabe mencionar que la propia aplicación me mandaba regularmente mensajes a mi correo electrónico con títulos como “¿Qué hacer en Nueva York?”¹⁰, llenos de imágenes y propuestas para cada día de mi estancia. Noté dos circunstancias paralelas durante mi estadía en este sitio: por un lado, encontraba una vida cultural activa, llena de jóvenes artistas que regularmente pintaban las paredes, frente a la mirada entusiasta de los espectadores. Un espacio lleno de música, comida y vida hipster.

De ese lado de Bushwick conocí a un sudamericano que vendía comida en un bazar los fines de semana, quien me hizo énfasis en que antes éste era un barrio predominantemente latino, en donde grafitear las paredes era más bien un delito. Según él, la situación cambió cuando los habitantes de Manhattan se empezaron a mudar a Brooklyn, desplazando a los latinos y aumentando los costos de vida en la zona.

Basta que uno atreviese el “María Hernandez” Park para percatarse que hay otro Bushwick, predominantemente latino: con mercados de nostalgia de productos regionales y algunos murales que recuperan a figuras mexicanas del siglo XX, entre ellos artistas populares. La representación de Brooklyn en la película, un recurso de ficción, fue reapropiada tras los matices que yo mismo observé una vez que estuve ahí y caminé por las calles.

Así fue la experiencia de imaginar y estar en Nueva York, muy subjetiva y aún condicionada por la oferta en redes sociales y la espontaneidad de ciertos sucesos en el espacio digital, y en el espacio físico. Ahora no sólo tengo en mente los diálogos de una película, las imágenes de un autor y las fotografías de la ciudad; Nueva York también significa para mí voces y cuerpos en resistencia.

10 La inquietud de qué hacer en Nueva York me llevó a visitar una página de Facebook conocida como NYC: The Official Guide, un espacio digital en donde constantemente comparten fotografías, videos, historias y listas de recomendaciones sobre la ciudad.

Conclusión

El viaje a Nueva York es pertinente para pensar cómo pensar la representación y el espacio en este momento caracterizado por el flujo de información y una mediación de la vida cotidiana por las tecnologías de la información digitales: por un lado, comprendí que había un sinfín de representaciones sobre el espacio creadas por actores gubernamentales, empresas, artistas, creativos y ciudadanos comunes. Cada uno por supuesto representaba miradas distintas sobre el espacio, pero en conjunto creaban una narrativa colectiva sobre Nueva York basada en la diversidad y la diferencia, la convivencia y el conflicto; por otro lado, me percaté que era posible construir una imagen de ese espacio a partir de estas múltiples referencias, filtradas por mis deseos, es decir, era posible mapear Nueva York a partir de mis propios gustos, intereses y necesidades, que a su vez estaban condicionados por el mercado cultural. Así, gracias al entorno digital y a los diversos espacios culturales en donde había productos provenientes de otros sitios fuera de México, yo podía trazar una espacialidad distinta a la que un mapa político podría sugerirme. Era una representación más viva, dinámica, y definitivamente visual, cuestionada, sin embargo, por grupos invisibles dentro del mercado de consumo cultural hegemónico, pero en constante resistencia allá, en algún rincón de la ciudad y del espacio digital.

Referencias

Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

Appadurai, A. (1998). *Modernity at Large (4th ed.)*. Minneapolis: Public Worlds.

Branch, J. (2011). Mapping the Sovereign State: Technology, Authority, and Systemic Change. *International Organization*, pp. 65, 1–36.

Bravo, J. J. V., & Sigala, M. Á. G. (2014). Constructivismo. En M. López-Vallejo, J. A. Schiavon, A. S. Ortega, & R. V. Flores (Eds.), *Teorías de Relaciones Internacionales en el siglo XXI: interpretaciones críticas desde México* (pp. 435–453). México: BUAP-COLSAN-UABC-UANL-UPAEP.

Chin, E. (2016). *Migration, Media, and Global-Local Spaces*. New York: Palgrave Macmillan.

Geocomunes. (2018). Emancipación colaborativa. *Revista de La Universidad de México*, (Julio), pp. 35–38.

González Hernández, E., Matamoros Aguirre, N., & Marchese, G. (2018). Subvertir la cartografía para la liberación. *Revista de La Universidad de México*, (Julio) pp. 40-43.

Hausberger, B. (2018). *Historia Mínima de la globalización temprana*. Ciudad de México: El Colegio de México.

Hidalgo Toledo, J. A. (2016). La comprensión del hombre como una extensión de sus medios. In F. Gutiérrez, O. Islas, & L. Strate (Eds.), *La comprensión de los medios en la era digital* (p. 248). México: AlfaOmega.

Kuper, P. (2011). *Diario de Nueva York*. Distrito Federal: Sexto piso.

López-Portillo Romano, J. R. (2018, May). *La gran transición tecnológica*. Nexos.

Lozano Vázquez, A. (2014). Debates y diálogo entre Positivismo y Pos positivismo en Relaciones Internacionales. En J. A. Schiavon Uriegas, A. S. Ortega Ramírez, M. López-Vallejo Olvera, & R. Velázquez Flores (Eds.), *Teorías de Relaciones Internacionales en el siglo XXI: interpretaciones críticas desde México*, (pp. 81–97). México: BUAP-COLSAN-UABC-UANL-UPAEP.

Morley, D., & Robins, K. (2002). *Spaces of identity: Global media, electronic landscapes and cultural boundaries*. London: Routledge.

Ortega Ramírez, A. S., & González Ramírez, M. (2014). Transnacionalismo. En J. A. Schiavon, A. S. Ortega Ramírez, M. López-Vallejo Olvera, & R. Velázquez Flores (Eds.), *Teorías de Relaciones Internacionales en el siglo xxi: interpretaciones críticas desde México* (pp. 399–416). Ciudad de México: UABC-BUAP-COLSAN-UANL-UPAEP.

Ortega Villa, L. M. (2009). Consumo de bienes culturales: reflexiones sobre un concepto y tres categorías para su análisis. *Culturales*, V(10), pp. 7–44.

Ryall, J. (2017, August). *156-year-old map may reignite Japan-South Korea island dispute*.

Silot Bravo, E. (2017). Cubanidad “In Between”: The Transnational Cuban Alternative Music Scene. *Latin American Music Review*, 38 (1), pp. 28–56.

Wendt, A. (1992). Anarchy is what States Make of it: The Social Construction of Power Politics. *International Organization*, 46(2), pp. 391–425.